

Los escritos de José María Iribarren, secretario de Mola en 1936

VICENTE CACHO VIU

*Departamento de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense. Madrid*

*A la memoria de dos amigos navarros,
José María Iribarren y José María San-
juán.*

El propósito de esta breve nota es llamar la atención de los estudiosos de la guerra civil española sobre un testimonio poco conocido y que creo de capital importancia para los primeros meses de la sublevación militar en la zona norte de España. Se trata de los escritos, publicados o inéditos, de José María Iribarren, que fue secretario del general Mola entre julio y diciembre de 1936.

A comienzos de los años sesenta había leído sus dos libros sobre Mola, y en Pamplona —de cuya Universidad era yo entonces profesor— siempre oí decir que el primero de ellos lo había mandado retirar la censura apenas aparecido; de hecho, el ejemplar por mí manejado en la biblioteca de Humanidades carecía de portadilla y de colofón, con lo que no era fácil saber de qué edición se trataba. En el verano de 1966 conocí a Iribarren en unas tristes circunstancias: la enfermedad de otro escritor navarro y gran amigo mío, José María Sanjuán. En la habitación de José María, en la Clínica Universitaria, Iribarren hacía revivir con una singular viveza, y llamando las cosas por su nombre, sucesos y personas de los primeros tiempos de la guerra. José María recobraba el ánimo, los tres nos reíamos de buena gana... y yo anotaba después lo que me parecía más destacado de cada una de aquellas conversaciones. Cuento estos detalles en recuerdo de aquellos dos buenos amigos ya desaparecidos y también para explicar porqué Iribarren me fue dando a leer sus papeles inéditos; los últimos, los que yo llamaría sus 'Memorias', en enero de 1968, cuando José María Sanjuán acababa de ganar el premio Nadal, poco antes de su muerte.

La personalidad de José María Iribarren me interesó desde el primer momento. Resultaba un testigo de excepción de cómo había actuado Mola y de su modo de pensar a partir del 20 de julio en que pasó a ser su secretario. Único civil en el entorno inmediato del general, y jovencísimo abogado con aficiones literarias, empezó en seguida a tomar notas de cuanto presenciaba, aun de las conversaciones que mantenían durante las comidas Mola y sus ayudantes; el general, que también tenía su vena de escritor, le dejaba hacer. La fuente principal de su primer libro fue esa especie de diario que empezó en Burgos y que continuaría en los sucesivos emplazamientos del cuartel general de Mola a lo largo de 1936: Valladolid, Avila, Talavera y de nuevo Avila.

Puesto que Iribarren se había presentado voluntario en la Capitania de Pamplona, parece innecesario señalar que compartía los supuestos ideológicos del bando 'nacional'; pero dentro de éste, y sobre todo en los momentos iniciales, coexistieron una variedad de posturas que exigen una mayor precisión sobre cualquier actitud personal. Procedente de una familia acomodada de Tudela, Iribarren aceptaba sustancialmente los planteamientos de la CEDA. No conocía de nada a Mola ni apenas el mundo militar, por el que se sintió evidentemente atraído aunque lo contemplara siempre desde fuera, desde su formación universitaria, cosa que se nota en muchas de sus observaciones. Como navarro, se siente orgulloso del protagonismo, popular y masivo, de sus paisanos encuadrados en las filas carlistas y subraya el progresivo acercamiento del general hacia los principios tradicionalistas.

Hacia mediados de diciembre, sustituido en sus funciones por una secretaria, Iribarren regresa a Tudela donde redacta apresuradamente su libro. No conozco las razones que mediaron en ese alejamiento; no las relata en sus escritos ni se refirió a ellas en nuestras conversaciones. En cualquier caso, Iribarren era ya un 'ex', un hombre marginado de la corriente del poder que no iba además a transcurrir en adelante por el cauce Mola-carlistas, sino por el nuevo núcleo Franco-falangistas asentado en Salamanca. De ese alejamiento, de su no sintonizar con el nuevo lenguaje de la España 'nacional', vinieron las dificultades de sus libros con la censura, a las que luego me referiré. Iribarren, que yo sepa, no tuvo en adelante contacto alguno con las esferas oficiales. Cuando yo lo conocí vivía de su profesión de procurador de los Tribunales. Había publicado ya un montón de libros, la mayoría sobre el mundo popular navarro, y estaba ultimando su magnífica biografía de Espoz y Mina.

Esbozada ya, aunque sea mínimamente, la figura de José María Iribarren, expongo a continuación lo que conozco de la génesis y también de la actual localización de sus diversos escritos sobre el

general Mola, deteniéndome en algunos aspectos del contenido de aquellos que me ha sido dable manejar.

[1] Cuadernos de notas: dos, escritos en Burgos; y dos o tres más, a partir del traslado a Valladolid el 20 de agosto. Los cuadernos de Burgos fueron destruidos al cursarse orden de detención y de registro del domicilio del autor en mayo de 1937 ([6], pág. 7); eran, sin duda, los más importantes y también los más comprometedores en aquellas circunstancias. No llegué a ver los demás cuadernos y desconozco su paradero, si es que Iribarren los conservó hasta el final de su vida.

[2] Original mecanografiado de su primer libro, revisado personalmente por Mola a mediados de febrero de 1937. Suprimió algunas, muy pocas cosas, y añadió datos y precisiones; todo, en breves notas marginales, hechas a lápiz. Iribarren conservó, como era lógico, este importante documento; no lo vi ni sé donde se halla. Algunas de las advertencias y precisiones hechas por el general están transcritas literalmente en [6], págs. 4-5.

[3] *Con el / general Mola / Escenas y aspectos inéditos / de la guerra civil por / José M.^a Iribarren / secretario del General / Portada y dibujos del autor / Zaragoza / Librería General, Independencia, 8 / 1937.*

El libro se terminó de imprimir, el 3 de mayo, en los talleres del «Heraldo de Aragón» y se hicieron 7.000 ejemplares. A los pocos días de ponerse a la venta, la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda ordenó la inmediata recogida y destrucción de los ejemplares. Pero la Policía de Pamplona se limitó a retirarlos de las librerías y a arrancarles las portadas, y el libro siguió circulando bajo mano, en medio de la natural curiosidad que el suceso despertó; uno de esos ejemplares mutilados es el que hoy figura en la biblioteca de la Universidad.

El libro se atiene al orden cronológico impuesto por los diarios que constituyen su fuente principal. Se entremezclan así los acontecimientos del día con aquellos del pasado, más o menos próximo, de los que acaban de tener conocimiento. El resultado es un relato discontinuo, pero lleno de viveza y de espontaneidad. Su modelo literario, consciente o inconsciente, parecen ser las novelas de Baroja y, muy especialmente, las *Memorias de un hombre de acción*. Los caracteres humanos atraen su interés más que los relatos bélicos o los datos de todo tipo, aun cuando estos sean abundantes y de primera mano. El avance militar hasta los pasos de la Cordillera Central y la campaña de San Sebastián reciben mayor atención que el frente de Madrid: Iribarren no estuvo en el cuartel general de Mola en los días

decisivos de la aproximación a la capital, y su diario se resiente de esa ausencia. El ambiente de la retaguardia está finamente captado y recoge también datos de importancia sobre la composición de la Junta de Defensa Nacional, que tuvo ocasión de seguir de cerca y aun de intervenir en algunas de las gestiones que llevaron a Cabanellas a su presidencia. La campaña de Franco y su ascenso a la jefatura del Estado están referidos con mucha menor riqueza de detalles, cosa normal puesto que Iribarren sólo se movía en el círculo inmediato a Mola.

[4] El ejemplar fundamental de esta diezmada edición en 1937 es el que se conserva en la biblioteca de José María Azcona, en Tafalla. En él, José María Iribarren señaló, entre paréntesis en tinta roja, los párrafos que la censura de Salamanca consideró inadmisibles. Tengo ante mí la lista completa de esas supresiones, ineficaces por otra parte, puesto que el libro estaba ya impreso en Zaragoza con anuencia de la censura local. Las supresiones afectaban a unos 160 párrafos —la mitad casi de ellos tachados por entero— distribuidos por un centenar de páginas, de las 382 que el libro tenía.

Un somero examen de los temas en que más había incidido el lápiz rojo del censor, y la conversación mantenida por Iribarren en Salamanca con el delegado nacional de Prensa, comandante Arias Paz (transcrita en [6], págs. 9-11), dan a entender con bastante claridad las razones para ordenar la destrucción de un libro que a Mola —el más directamente afectado— le había parecido bien. Al ser elegido por el general como secretario, Iribarren se había visto inmerso de golpe en un ambiente que le era del todo ajeno, y que estimuló sus incipientes dotes de escritor realista. De ahí su interés en transcribir de la forma más fiel posible el tono de las conversaciones, bastante rudo y franco —para hombres solos— en el que proliferaba el peculiar argot militar. La figura de Mola aparecía 'en zapatillas', como Arrarás le dijo más adelante a Iribarren ([6], pág. 20).

El hallarse de nuevo en guerra estimulaba en aquellos soldados sus recuerdos de las campañas de Marruecos, reiteradamente evocadas en el libro. Pero —primer punto de agravio para la censura de Salamanca— cualquier posible paralelo de la guerra civil con una campaña colonial se consideraba en aquel momento contraproducente. En la mesa del general se hablaba con frecuencia de las debilidades y flaquezas de los mismos militares que habían encabezado la sublevación, y de las confusas incidencias de las primeras jornadas. Iribarren estampó en su libro muchas de esas noticias, aunque ya Mola le había suprimido algunas de las más comprometedoras. De ahí que el libro molestara a algunos de los aludidos, que no fueron ajenos al rigor mostrado a posteriori por la censura.

Pero aún había otras cuestiones de mayor importancia. El general y los que le rodeaban eran profesionales de la guerra y aceptaban como normal lo que toda contienda —y más de carácter civil— trae consigo de violencia y aun de engaño. Iribarren escribió que Mola, a requerimiento de Batet —su inmediato superior, como capitán general de Burgos—, le había dado palabra de honor de que no se sublevaría: al revisar el original, Mola se limitó a añadir que la entrevista tuvo lugar el 16 de julio; para la censura de Salamanca una cosa así no podía contarse, porque 'la palabra de honor dada por un militar es sagrada' ([6], pág. 9). En el libro aparecían con frecuencia, puestas además en boca del general y de otros protagonistas, las palabras 'sublevación', 'conspiración', al referirse a los orígenes de la guerra; en Salamanca, en cambio, se tenían por términos prohibidos: ¡ni que 'el Movimiento hubiese sido una cuartelada'([6], pág. 9)!

Iribarren se refería, escuetamente, a las ejecuciones sumarias que se llevaron a cabo en los primeros días. Más aún: el libro reflejaba el carácter rutinario que la muerte empezaba a adquirir en aquella guerra sin cuartel que exigía la drástica diferenciación de los bandos contendientes. La previsión, relatada con toda claridad, de que, una vez tomado Madrid, habría que realizar una buena 'limpia', es lo que más indignó a Arias Paz en su tensa entrevista con Iribarren, porque suponía dar argumentos para la propaganda del enemigo ([6], página 10). Creo que no hace falta acumular más ejemplos.

El joven cronista, en su obsesión por reflejar lo más verazmente el ambiente que contemplaba, había ido más lejos de lo que entonces resultaba tolerable. Abundaban en el libro, como su mismo autor comprendió después ([6], pág. 11), 'atrevimientos, imprudencias y crudezas que el espíritu liberal de Mola pasó por alto'. Iribarren había compuesto —permítasenos volver sobre la idea— un relato barojiano, en el que la guerra aparecía como un bárbaro y antiguo deporte, como una 'carlistada' más. Pero el ambiente de Salamanca, bajo la jefatura de Franco y recién impuesta la unificación política en torno a la Falange (19 de abril), iba por otros caminos. Los militares, ahora que estaban en el poder, necesitaban rodearse de una respetabilidad, de una credibilidad cara a la opinión internacional. La influencia orsiana, sobresaliente entre otras muchas de la derecha ilustrada, empezaba a dar a la guerra y a la figura de su 'caudillo' un aire clasicizante y napoleónico. Iribarren no había cogido el tono, como es posible que tampoco lo hubiera hecho Mola, quien no tuvo ya ocasión de ello, puesto que murió, el 3 de junio, días después de la pequeña tormenta levantada por su primera biografía bélica. Para subrayar la diferencia entre Franco y Mola, Iribarren solía recurrir a la comparación —yo se la oí más de una vez— entre un hombre que está subiendo continuamente una escalera —Franco— y otro que, por su actitud, parece estar siem-

pre bajándola, y ese era Mola. Se trataba, sin duda, de una aproximación caricaturesca a los dos personajes, pero algo había también de simbólico —de orsiano, al fin— en esa semblanza de urgencia.

[5] *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*, Zaragoza, Librería General, 1938.

Muerto ya el general, Iribarren se decidió a hacer un nuevo libro que fuese, como le recomendaba Arrarás, la 'versión heroica, encomiástica de su figura y sus acciones' ([6], pág. 20). Hay que reconocer, en su honor, que no lo consiguió del todo. A los datos con que contaba, añadió otros muchos que le facilitó, en Pamplona mismo, el anciano padre de Mola; quedó así enriquecida la veta humana, más que la heroica, de su biografiado. Vista la experiencia anterior, procuró andarse 'muy comedido' ([6], pág. 21) en la descripción de ambientes tanto en la retaguardia como del mundo militar. De todos modos la censura aún tuvo en qué meter el lápiz. La referencia a las bromas que le gastaban a Mola cuando era cadete de la Academia a costa de su presunta fealdad, quedó suprimida con esta seca apostilla: 'No es serio' ([6], pág. 22). El humor de la Ribera, del que Iribarren hizo gala toda su vida, no encajaba bien con los adustos esquemas imperiales que entonces privaban en Salamanca.

Iribarren dispuso además de los datos que sobre la preparación del alzamiento andaba recogiendo en Navarra José del Río, con destino a la *Historia de la Cruzada* que dirigía Arrarás; y reprodujo también las instrucciones primeras de Mola como director de la conspiración en la Península. El carácter de 'marcha sobre Madrid' que la guerra inicialmente tuvo y la previsión, no de una guerra larga, sino de una simple operación militar, quedaban aún más de manifiesto a través de las nuevas aportaciones manejadas. También resultaba, en consecuencia, más evidente el fracaso de ese intento por las presiones laterales republicanas —desde el País Vasco y desde Aragón— que menguaron fuerza al empuje inicial, frenado en seco en el Guadarrama y en Somosierra. No me parece, sin embargo, que sea en el terreno táctico donde este libro de Iribarren ofrezca cosas de importancia; como civil, se interesaba más por los hombres y su conducta.

Sin disimular el republicanismo inicial de Mola —luego volveremos sobre este tema—, Iribarren acentúa su progresiva aproximación hacia el carlismo, y el papel decisivo de éste por lo que hace a la sublevación en Navarra. Dado que la propia dinámica de la guerra hacia inviable su primitiva idea de una 'rectificación de la República', Mola pudo pensar en el carlismo como soporte ideológico de su autoritarismo. Pero los elogios que Iribarren recoge apuntan más bien hacia un plano vital: Mola reconocía de buen grado la aportación carlista —en hombres y en dinero— al arranque de la sublevación y se sentía seguro con su escolta de requetés. Ese protagonismo de los carlistas

y los reiterados paralelos establecidos en el libro entre la nueva guerra civil y las decimonónicas, no se ajustaban a las interpretaciones oficiales que de forma gradual se iban imponiendo. De ahí que la censura suprimiera el relato de cómo los carlistas venían preparándose durante la República para alzarse en su día y que tachase toda comparación en cifras entre los contingentes ofrecidos a Mola por el carlismo y por la Falange. El original fue objeto igualmente de una reconversión semántica a la terminología del partido único, de la que Iribarren se había cuidado bien poco. 'Donde yo puse *revolución* añadían el adjetivo *roja* para que no se confundiera con la nacional-sindicalista. Donde ponía *sindicalistas*, pusieron *anarquistas* por la misma razón... Donde escribía los *caudillos* del comunismo, me hacían poner los *dirigentes*. ¡Cosas así!' ([6], pág. 22).

Un último aspecto quisiera señalar. Iribarren, quizá curándose en salud, insiste reiteradamente en la falta de ambiciones políticas del general, en su desvío hacia todas las cuestiones que no fueran las estrictamente militares: las referencias a Franco son siempre generosas respecto de su capacidad como militar y de su prestigio. Es claro que entonces no cabía decir otra cosa por escrito, pero tampoco en la intimidad —y pasados muchos años— Iribarren hacía alusión a otro tipo de juicios que Mola hubiera podido emitir sobre el nuevo jefe de ese Estado que él había contribuido tan decisivamente a crear.

Del libro se tiraron 5.000 ejemplares. Puesto a la venta en septiembre de 1938, la edición se agotó en cinco meses. De todos los elogios recibidos, Iribarren destacaba siempre el que le había hecho Pío Baroja, lo cual viene a confirmar que era era la línea literaria en la que aspiraba a verter su experiencia personal de la contienda.

[6] 'Notas sobre la gestación y peripecias desdichadas de mi libro *Con el general Mola*', Pamplona, 15 mayo 1944. 24 holandesas mecanografiadas a un espacio.

Este texto lo escribió, a instancias de José María Azcona, para encuadernarlo junto con el ejemplar del libro que figura en su biblioteca de Tafalla. Consevo una copia de este escrito, que José María Iribarren me entregó en Pamplona el 1 de septiembre de 1966. Supongo que son también de 1944 los datos que añadió a mano, entre corchetes rojos, en el mencionado ejemplar Azcona. Se trata de precisiones —la mayoría, especificando nombres personales que no figuraban en el texto— y, en muy pocos casos, de rectificaciones a lo que había escrito en 1937.

Las 'Notas' constituyen una clave indispensable para la lectura de sus dos libros sobre Mola; por eso he recurrido a ellas con frecuencia en esta exposición. Creo además que el día en que se publiquen —una vez que lo hayan autorizado los herederos de José María Iribarren—

constituirán una pieza notable para la historia de la censura en los comienzos de la España de Franco. Ni aun en los últimos años de su vida había olvidado Iribarren los sinsabores que aquellos incidentes le acarrearón. Su primer libro era, en las circunstancias de 1937, una simple imprudencia literaria. Eso se ve ahora muy claro, pero de momento su autor pasó por un serio peligro, porque no dejó de barajarse la palabra traición. Con una cierta mentalidad de complot podía incluso hablarse de la 'traición de los secretarios', después de lo que había ocurrido con Bahamonde, el secretario de Queipo, y lo que luego publicó en México¹. Sólo la airada intervención de Mola pudo evitar que, en el caso de Iribarren, las cosas pasaran a mayores.

[7] 'Memorias'. Tuve ocasión de leerlas detenidamente, y de tomar abundantes notas de su contenido, en enero de 1968. Acababa por entonces de redactarlas —yo le había estimulado reiteradamente a hacerlo, como me recordó amablemente en una carta de por aquellas fechas—, pero supongo que, en buena parte, eran transcripción de papeles muy anteriores, algunos inmediatos a la época de su secretaría con Mola. Ya a raíz de la prohibición de su primer libro, Iribarren había comenzado a escribir las cosas que ni aun allí se había atrevido a contar. 'Las iba poniendo en un cuaderno de notas, y me hice un escondite en un armario para ocultarlo, pues temía que la Policía viniera un día a registrarme. Tenía aquello algo de venganza contra lo que me habían hecho pasar' ([6], pág. 17). Alejado desde hace años de Pamplona, desconozco el paradero actual de esas 'Memorias'. Junto con las anotaciones de su lectura, conservo las de algunas de las conversaciones más relevantes que mantuve con Iribarren el verano de 1966, y aun las de una larga y animadísima reunión con un grupo muy numeroso de estudiantes, el 28 de octubre de ese mismo año, en el Campus universitario. Me referiré indistintamente a las 'Memorias' y a esas otras exposiciones orales, sin hacer en ningún caso citas literales.

La mayor libertad que permiten las Memorias, y no digamos el relato de viva voz, las aprovechó Iribarren para desarrollar al máximo su vena satírica, siempre bienhumorada. Recuerdo, a este respecto un arsenal de anécdotas sobre el general Cabanellas, más expresivas aún que las contadas por Pérez Madrigal en su *Pérez*². En las 'Memorias' figuran unas ajustadas semblanzas de todos y cada uno de los miembros de la Junta de Defensa Nacional, a los que Iribarren había tratado muy de cerca en Burgos. La personalidad del general

¹ Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *Un año con Queipo de Llano*, México, Ediciones Nuestro Tiempo, 1938.

² Joaquín Pérez Madrigal, *Pérez (Vida y trabajos de uno)*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1955.

sobresale, como no podía ser menos, en medio de esas figuras: un Mola, lo más seguro justo, pero indudablemente duro; poco amigo de los alemanes, de los que desconfiaba por principio; alejado del juego inmediato de la política —repetirá, en más de una ocasión, el 'Je fais la guerre', de Clemenceau—, aunque preocupado por el avance del comunismo en la España de anteguerra; listo, pero poco cultivado —'Oiga, usted que es abogado, ¿qué quiere decir reconocimiento de jure?'—; y, así, otros tantos rasgos que Iribarren supo captar muy bien.

Las previsiones que Mola se hacía sobre las consecuencias políticas de la sublevación parecen haber ido evolucionando al compás del desarrollo de las hostilidades. Está fuera de dudas que el círculo de Pamplona pensaba en una breve operación, en 'una marcha sobre Roma con más sangre', como diría gráficamente ante un grupo de universitarios (14 febrero 1962) el general Moscoso, capitán de la guarnición de Pamplona el 1936 y en cuya casa se reunió Mola en varias ocasiones con los conspiradores; en ese supuesto tenía sentido pensar en una mera rectificación del rumbo de la República, sobre cuyos términos concretos disentían Mola y los carlistas. Pero el desencadenamiento de una verdadera guerra impuso otros planteamientos: a Mola le preocupaba la inexistencia de un programa mínimo que garantizase, por parte de la unión de las derechas, el mantenimiento de la legislación republicana en lo que atañía a las clases menos favorecidas; más o menos en serio, se definía en privado como 'socialista'. Eso explicaría su malestar, que Iribarren refleja en sus dos libros, ante la restauración de los símbolos monárquicos —el himno nacional y la bandera bicolor— por cuanto podían sugerir, de entrada, una pura vuelta hacia atrás. El carácter republicano en el que insistían las proclamas iniciales —incluidas las de Franco— fue una de las razones que inclinaron a Mola a imponer como presidente de la Junta a Cabanellas, cuyo historial corroboraba esa imagen. La inmediata radicalización de las posturas en los dos bandos contendientes relegaría al olvido esos propósitos poco definidos.

La realidad inmediata fue bastante más dura: la guerra sin cuartel decretada tácitamente en los frentes y ambas retaguardias. Iribarren sabía bastante, y nunca lo ocultó, de lo que fue el 'terror blanco' en Navarra, con datos concretos y episodios estremecedores unos, trágicos otros. También, del rigor de los fusilamientos de prisioneros en el frente, y más si se trataba de militares que no se habían sumado a la sublevación: 'A vez cuando te curas, para que te fusile', le decía, al comandante de la Guardia Civil de San Sebastián, un coronel navarro de cuyo valor y humanidad da testimonio, por otra parte, el propio Iribarren; muy pronto, curado ya de sus heridas, le fusilaron. Era

la guerra civil, la misma que había asolado los campos del Norte en el siglo anterior.

Otros muchos datos de interés espero que podrán extraerse de los papeles inéditos de Iribarren el día en que se publiquen. Algunos llevan hacia otras fuentes también inéditas, como esas Memorias que Mola tenía a medio escribir —unos 500 folios— y que nadie sabe a dónde fueron a parar tras de su muerte.

En cualquier caso, pienso que lo más importante de su obra de guerra —y quizá se trate de una deformación debida a mi interés personal por la historia de las mentalidades— será siempre el testimonio que un espectador privilegiado nos transmite sobre los comportamientos de otros hombres, porque ese era el tema que le atraía como escritor y le preocupaba como hombre.